



El otoño, la estación mas fecunda en diversiones y partidas de campo, como que en ella la mayor parte de las familias acomodadas de la capital habita las aldeas por gozar de un aire puro y temperamento saludable, es en gran manera apropiado para que desplieguen las elegantes su buen gusto en vestidos y adornos campestres y sencillos; porque la sociedad en el campo casi no difiere de la que vive en la ciudad. Ambas tienen sus caprichos, ambas son tiranizadas por la moda, sin mas diferencia que la segunda se confiesa francamente esclava, y la primera, tan sujeta ó mas que su hermana, pretende hipócrita hacernos creer que ha sacudido el yugo, y que sus ideas y sus costumbres han adquirido con sola su permanencia en el campo un colorido de inocencia y candor pastoril. A persuadirnos semejante cosa conspiran la afectada sencillez en los adornos y la afectada franqueza en los modales; pero por poco conocedor que uno sea, descubrirá al través de un vestido blanco y de una guirnalda de frescas flores, los mismos sentimientos, las mismas ideas de las ciudades.—Son los mismos actores en distinta escena y ejecutando una égloga en lugar de un drama.

Como quiera que sea, para muchos tiene su encanto esta vida mista y á mi entender no carecen de razon. Averiguada cosa es que la mas fecunda vena de la belleza y del placer son los contrastes, y ¿quien podrá dudar que en esta vida se encuentran á millares?—A la misma jóven que por la mañana se vió trepar lijera por las peñas del *Cabrio* (*) en persecucion de una mariposa, ó saltar por el rio de piedra en piedra por contemplar de cerca la cascada que con multitud innumerable de líquidas perlas adorna su cabeza, se la vé en la noche reservada y seria bailando en

* Lugar demasiado conocido en San Angel.

un salon con los modales mismos con que pudiera hacerlo en una tertulia de México.—Por la mañana, festiva y lijera como una calandria, inocente y pura como la flor que nace al márgen del arroyo.—En la noche, alegría afectada, silencio interrumpido tal vez por algun dicho picante ú ofensivo, ó cuando menos conversacion de ciudad y que hubiera caido bien en los palcos de Vergara.—En una y otra situacion la persona era la misma; los sentimientos, el corazon los mismos, la atmósfera en la mañana mas pura, mas de campo; la de la noche mas corrompida, mas de ciudad. Esta ya es una diferencia, otra es el traje.

Insensiblemente me he puesto á reflexionar y á hacer participes á mis lectoras de mis reflexiones sin acordarme de que hacia lo que no debe un escritor de modas. La última palabra de mi anterior párrafo, me ha hecho volver al órden y me ha recordado que solo debo indicar los vestidos, las telas, los adornos propios de cada estación, ser, por decirlo así, un termómetro del gusto, sin meterme á calificarlo y sin hablar sobre todo de los sentimientos y de las personas.

Los dos gallardos y sencillos trajes que presenta nuestro figurin de hoy parecen hechos para el campo. Sencillez en los adornos y en la forma, es lo que principalmente se les nota.—El primero es de gros tornasol de anchísima falda, decorada con dos holanes guarnecidos estos, como el resto del traje, con un filete de cordon, corpiño abierto y sujeto por delante con jaretas, dejando entrever una pulida camisola de pequeño cuello que cae sobre los hombros y que lleva en su orilla un encaje. Las mangas de este vestido son pequeñas, abiertas y sujetas como el corpiño, y guarnecidas del cordoncillo precitado.

Como quedarian altamente desairados los brazos en unas mangas tan pequeñas y tan anchas como se ha dicho, se ha suplido tal defecto con una nueva belleza. Una manguita blanca un poco estrecha por arriba y

go mas ensanchada par abajo, que llega á la mitad del antebrazo y que como el cuello lleva guarnicion de encaje, ha sido el resultado de las cavilaciones de la elegancia parisiense para suplir con un primor nuevo la fealdad que de pronto resultaba.—Tales mangas análogas en mas de un punto á las de campana, se llaman en Paris á *la religieuse*. Perdóneseme la traduccion, pero creo que pudiéramos aqui llamarles á *la monja*. A propósito de monjas: admirable y extraño me parece que los trajes severos de los claustros hayan servido mas de una vez de modelo á los elegantes de ambos sexos para modificar sus suayos, incitados quizá por la pompa y magnificencia que en ellos se percibe; pero sea como fuere, lo cierto es que lo han hecho; y será prevencion, mas yo me inclino á creer que han tenido justicia, y aun me parece descubrir en el tosco sayal de un religioso ó en el pomposo y ancho ropaje de una virgen algo de elegancia y buen gusto.—El traje descrito está completado por una ligera capota de gros blanco plegada y adornada con flores. La segunda figurá presenta un modelo de vestido escocés de una simplicidad y elegancia tales que ha obtenido en Paris el mes de junio último el mas completo triunfo.—Su invento holan terminado con onditas y sujeto á la mitad de la falda, por una doble guarnicion tan bien ondeada y las dos vueltas de la parte superior del cuerpo, producen un efec-

te muy agradable; pero lo que hay en él mas elegante y digno de atencion, son las mangas que bajan angostas hasta la mitad del brazo sobre un viso blanco bordado y guarnecido en su orilla, que á su vez deja tambien un intervalo entre su estremidad y la del guante para que pueda verse un torneado y primoroso brazo sujeto con algun camaféu.—Las mangas se llaman á *la Isabela*.

El peinado, absolutamente campestre, consiste en hacer bajar el fleco sobre las orejas, cubriéndolas y quedando perfectamente alisado el cabello.—Cuando se lleva de esta manera se dice que se lleva *en bandeaux*. Por detras se divide en dos trenzas que se enredan al rededor de la cabeza, quedando en el centro dos *castañas*; y algunas flores es de rigor que terminen el tocado. En efecto ¿que cosa mas natural que peinados y ramos de flores para acompañar á los vestidos de campo?

Las telas preferidas hoy son las muselinas, las *tarlatanas*, los *baréges*, y algunas otras; advirtiéndose en todas poca complicacion en el dibujo y suma lijereza. El ya abundante repertorio de géneros y adornos de nuestra colaboradora madama Gourgues, (*) ha recibido últimamente considerable aumento con nuevos objetos llegados de Paris, y su pericia, demasiado notoria á las elegantes mexicanas, la hace cada dia mas acreedora al aprecio de la gente de buen tono.—**QUERUBIN.**

* Correo de Modas calle 2.ª de Plateros núm. 2.

SHAKESPEARE.

ANALISIS DE SU DRAMA INTITULADO

MACBETH.



Yo me propongo ciertamente por objeto el panegirico de Shakspeare al escribir estos cuantos renglones; pues grandes ingenios lo han hecho antes que yo, y mi débil voz nada podia añadir á lo que ya se ha dicho en elogio del bardo inmortal, gloria de

Inglaterra. La grande afición que profeso á la literatura de aquel pais y el ardiente deseo que siempre me ha animado de darla á conocer á mis compatriotas han sido los motivos á que debe su origen este artículo en que trataré de dar alguna idea de uno de los mas elogiados dramas de Shakspeare; á saber Macbeth.

Pintar un hombre valiente y de buen corazon victima de las tentaciones de una ambicion desordenada; pintar la lucha entre sus buenas cualidades y esa misma ambicion, parto de una influencia sobrenatural, pintar una muger, ó mas bien un aborto del infierno que poniendo á Macbeth en la senda del crimen, le ayuda á recorrerla en toda su estension, y despues sucumbe bajo el peso de sus remordimientos; tal es el cuadro terrible y eminentemente moral que se propuso el autor.

Pero ¡con que maestria lo ha desempeñado! ¡que exactitud en los caracteres! ¡que verdad en el colorido! ¡que profundo conocimiento del corazon humano fué sin duda necesario, para producir una obra tan completa!

El drama comienza por la aparicion de tres hechiceras, seres viles y amantes del mal, que no tienen mas complacencia que dañar á los hombres en todo cuanto pueden, cumpliendo de esta manera las condiciones del pacto que han hecho con los espíritus infernales. De su diálogo se infiere que esperan á Macbeth y este nos interesa desde luego. ¿Qué objeto pueden tener en buscarle? Inmediatamente nos suponemos un hombre virtuoso, y por las oscuras palabras que se escapan de los inmundos labios de las brujas: entreveamos que alguna conspiracion, alguna trama infernal se prepara contra él.

La segunda escena nos le da á conocer; no tan solo es virtuoso como nos lo habiamos imaginado, sino que en aquel momento acaba de afirmar con una grande victoria el trono de su soberano. Los rasgos con que describen su valor, nos hacen mirarle como un héroe. El rey comienza á premiar sus buenos servicios por conferirle el (*) thanado de Cawdor, patrimonio de un noble rebelde á quien manda decapitar, y esta circunstancia ignorada por entonces de Macbeth; una de las que mas influyen en la pérdida de sus buenas prendas.

Las brujas aparecen por segunda vez. Nuestro corazon palpita por ver cual sea el objeto de aquella entrevista que con tanto ahinco buscan con el general triunfante que ya nos interesa por su valor y lealtad.

Una danza mágica y misteriosa precede la llegada de Macbeth. Este se presenta en union de Banquo, su compañero en el mando.

Permítaseme traducir la escena, porque aparte de que á mi entender no carece de belleza, de ella depende todo el artificio del drama.

Macbeth. „Hablad si es que podeis. ¿Quien sois?

1.ª hechicera. „Salud Macbeth! Salud, thane de Glawis!”

2.ª hechicera. „Salud Macbeth! Salud, thane de Cawdor!”

3.ª hechicera. „Salud, Macbeth! Serás rey!»

El veneno comienza á destilar en el corazon de Macbeth. Tiembla y Banquo le pregunta „¿por que temblais? ¿por que parece que teneis „predicciones tan alhagüeñas?” Ah! este temblor, esta agitacion repentina, ¿no puede interpretarse muy bien, como la agonía de sus buenas inclinaciones? Fácil es dar cabida al vicio y una vez admitido nos arrastrará de uno á otro crimen con la fuerza y velocidad de un torrente. El general victorioso cubierto de gloria, está cabizbajo . . . tiembla. ¿Que pensamiento, que tentacion horrible le habrá venido á asaltar? Le han dicho que será rey.

Banquo, dudoso de la verdad de aquellas predicciones, desea sin embargo saber de las brujas cual será su suerte futura. He aquí la respuesta.

1.ª hech. „Salud”

2.ª — „Salud”

3.ª — „Salud”

1.ª — „Inferior á Macbeth, y sin embargo „mas grande que él”

2.ª — „Menos dichoso, y no obstante mucho „mas dichoso!”

3.ª — „Tus descendientes serán reyes, aunque „que tú no lo seas: salud, pues, Macbeth y Banquo,”

1.ª — „Banquo y Macbeth, salud!”

Macbeth.—Deteneos, profetisas oscuras, decidme aun mas; sé que por la muerte de Si- nel soy thane de Glamis; ¿mas como puedo ser thane de Cawdor? El thane de Cawdor está sano y salvo y tan increíble es que yo lo sea, como que llegue á ser rey. Decidme donde habeis adquirido noticias tan estrañas; ¿para qué me deteneis en este yermo para saludarme con esos anuncios fatidicos? Hablad, yo os lo mando. [Las brujas desaparecen].

Banquo.—La tierra tiene sus burbujas lo mismo que el agua, y estas lo son.—¿En donde se han desvanecido?

Macbeth.—En el aire; y seres que creiamos corpóreos, se han disuelto como un soplo en el viento; ojalá y se hubieran quedado.

Banquo.—Pero ¿es cierto que estuvieron aquí las criaturas de que hablamos? ¿ó habrémos

por ventura gustado de la raiz venenosa que cautiva la razon?

Macbeth.—Vuestros descendientes serán reyes. ¿Qué respuesta!

Banquo.—Sereis rey vos mismo.

Macbeth.—Y thane de Cawdor ?No es eso lo que dijeron?

Banquo.—Cabalmente. ¿Mas quién viene hácia nosotros?

Dos comisionados del rey de Escocia (Ross y Angus) vienen á dar á Macbeth las gracias por la victoria que ha obtenido sobre los Noruegos, y á anunciarle como preludio de la munificencia real su accesion al thanado de Cawdor. El lo duda y hace presente que el thane de Cawdor vive aun y que este titulo no le puede venir por la misma razon.

Desvanecen su duda participándole que Cawdor, convencido del crimen de alta traicion va á perecer en un cadalso.

Macbeth.—(aparte) Thane de Glamis, y thane de Cawdor . . . falta el titulo mas imponente. [A Ross y Angus] Yo os agradezco la molestia que os habeis tomado (á Banquo) ¿no esperais que vuestros hijos sean reyes, una vez que esto os fué vaticinado por las mismas que me anunciaron el thanado de Cawdor?

Banquo.—Abrigando demasiado esa idea no os satisfará el thanado, y elevareis vuestras miras hasta la corona. Muchas veces los gemos de las tinieblas nos dicen verdades para conducirnos á nuestra ruina; nos ganan con frioleras irrepreensibles, para arrastrarnos despues á las consecuencias mas funestas.—[A Ross y Angus] Primos; hacedme favor de escucharme un momento.

Macbeth.—(aparte) Dos verdades se han dicho que sirven como de prólogo al drama progresivo que tiene el trono por objeto. (á R. y A) Gracias caballeros.—Esta advertencia sobrenatural no puede ser buena; no puede ser mala. Si es mala, ¿porqué me ha dado una prueba de que he de triunfar, comenzando por una verdad? Soy thane de Cawdor.—Si es

buena, ¿porqué cedo á la tentacion, cuya horrible imágen eriza mis cabellos, y desquiciando mi firme corazon, lo hace golpear mi pecho de un modo tan ageno de su movimiento natural? La presencia del objeto temido es menos espantosa que las criaturas horribles de la imaginacion. Mi pensamiento en que solo flota el asesinato como una fantasma, sacude mi natural inocente de tal manera, que sus funciones se encuentran sofocadas por los presentimientos; y nada existe para mi mas que lo que todavia no aparece en el número de los seres.

Este trozo es bellissimo. Macbeth, reflexiona primeramente sobre lo verídico del vaticinio de las brujas con respecto á los thanados de Glamis y Cawdor. La tercera profesion se le viene á la imaginacion. Teme que conozcan cuanto le inmuta aquella idea, y volviéndose de nuevo á Ross y Angus les da las gracias. Pero ¡de que modo! ¡Como dirige la palabra á sus iguales! ¡Cuan superior á ellos se juzga ya! Debemos convenir en que rasgos como estos, solo se encuentran en un Shakspeare. El resto se recomienda por sí solo. Nada podia yo decir capaz de realzar su mérito.

En la escena siguiente Macbeth se presenta á Duncan, este le hace presente su reconocimiento, participa á sus nobles que ha nombrado heredero á su hijo mayor, confiriéndole el titulo de príncipe de Cumberland, y anuncia al nuevo thane de Cawdor, que para mas estrechar los vínculos que ya los unen, se prepara á hacerle una visita en su castillo. Macbeth al oír el nombramiento del príncipe de Cumberland esclama: „¿Príncipe de Cumberland!—He aquí un escalon que debo saltar, so pena de caer sobre él, porque está sobre mi senda. Estrellas, ocultad vuestros fuegos; que la luz no penetre mis profundos y tenebrosos deseos; que los ojos no vean las manos: pero que sin embargo se haga lo que los ojos temerán ver despues de cumplido.»



CARTA NOVENA SOBRE MÉXICO

POR

SEÑORA CALDERON DE LA BARCA.

Visitas de Españoles.—Visita del presidente.—Averiguacion.—Traje de Poblana.—Bernardo el Matador.—Funcion extraordinaria de toros.—Plaza de toros.—Fuegos artificiales.—Retrato de C—n.—Baile de Fantasia.—Trajes.—Traje de las Patronas.—Belleza en México.—Visita del médico.—Tarjetas para dar parte de casa.—Marquesa de San Roman.—Traje de visitas de etiqueta por la mañana.—Cenatos de robo.—Asesinato de un cónsul.—La Güera Rodriguez.—El Dr. Plan.—Mr. de Humboldt.—Anécdota.—Antiguas costumbres.

5 DE ENERO.



AYER domingo, día en que se hacen aquí muchas visitas despues de misa, pasó ya. Tuvimos en casa una numerosa concurrencia de españoles, todos los cuales estaban ansiosos de saber si por fin tenía yo ánimo de asistir al baile de fantasia vestida de poblana, sobre cuyo particular manifestaban un interés extraordinario. Dos señoritas, ó tal vez mugeres comunes de Puebla, que fueron presentadas por el señor—vinieron á ofrecermé sus servicios y darme todos los pormenores necesarios. En efecto, aderezaron el cabello á Josefa, que es una chiquilla mexicana, para hacerme ver como debía quedar el mio; ademas, recordaron varias cosas que aun me faltan y me dijeron que todo el mundo se alegraba mucho de saber que iba yo á vestirme de poblana. No dejó de sorprenderme que *todo el mundo* se tome el trabajo de pensar en esto. Serian las doce cuando el presidente, de riguroso uniforme y acompañado de sus ayudantes, vino á hacerme una visita, en la que estuvo una media hora, con su amabilidad acostumbrada. Poco despues entraron nuevas visitas y justamente cuando suponiamos que habian terminado y pensábamos en comer, se nos dijo que estaban en la sala el secretario de Estado, los ministros de la guerra y el interior, juntamente con otras personas.

¿Cuál os parece que era el fin de su venida? Conjurarme por cuanto hay de mas alarmante, á desechar la idea de comparecer en público con traje de poblana! Nos aseguraron que las poblanas, generalmente hablando, *son femmes de rien*; que no usan medias, y en suma, que la esposa del ministro español, ni una noche siquiera, debía ponerse semejante vestido. Saqué mis atavíos, les hice ver su longitud y su decencia, pero todo en vano, porque, á decir verdad, no cabia duda en que ellos tenían razon y solo por bondad podian tomarse este trabajo; así que, cedí con docilidad y di gracias al consejo de gabinete por su oportuna advertencia, aunque temiendo que en esta tierra de morosidad seria difícil conseguir un nuevo traje para el baile de fantasia; pues habeis de saber que nuestro equipaje anda todavía sacudiéndose en los lomos de las mulas que lo conducen de Veracruz á la capital. Apenas se habian ido los susodichos, cuando el señor—trajo recado de varias señoras principales, á quienes no conocemos aún, por medio del cual me informaban, por ser yo estrangera, de las razones que hay para no poder usar aquí el traje de las poblanas, especialmente en una funcion pública como ha de ser el baile. Yo quedé verdaderamente agradecida por haber escapado de este modo.

Estaba yo vistiéndome para ir á la mesa, cuando trageron una esquela con la nota de

reservada y cuyo contenido me pareció mas singular que agradable. Posteriormente he oido decir que el sujeto que la escribió, D. José Arnaiz, es un viejo raro, que interviene en todo, impórtele ó no. La traduciré en vuestro obsequio.

„El traje de poblana es el de una muger perdida. La esposa del ministro español, es una *señora* en toda la extension de la palabra.—Por grande que sea el compromiso que haya contraido no debe adoptar dicho traje ni llevar otro que el que la corresponde.—Esto dice al señor de C—n, José Arnaiz, quien le estima todo lo posible.”

Día 6.—Esta mañana temprano, por ser hoy el día destinado para la *funcion extraordinaria de toros*, se pusieron avisos, segun entiendo, en todas las esquinas, en los cuales se anuncia dicha fiesta, y están adornados con el retrato de C—n! El conde de C—a llegó poco despues del almuerzo, acompañado de Bernardo el primer matador, á quien trajo para presentarnosle.—Os envío el convite impreso en raso blanco con su encaje de plata y sus borlas para que veais cuan primorosamente saben hacer aqui semejantes cosas. El matador es un hombre bien parecido, y aunque parece pesado dicen que es ligero y diestro. Mañana os haré una reseña de mi *primera corrida de toros*.

Día 7.—Ayer por la tarde se temió mucho que lloviese lo cual habria hecho diferir la fiesta; se despejó no obstante la atmósfera y los pobres toros ignoraban cuan ligado estaba su destino con las nubes. Se nos tenia preparado un palco alfombrado y con una araña de plata, pero fuimos con vuestras amigas las C—as al inmediato. La escena, para mi especialmente, que no he visto la magnificencia de la plaza de Madrid, era animada y brillante en grado eminente. Figuraos un anfiteatro inmenso con cuatro grandes andanas de palcos; enfrente, una série de asientos descubiertos y todo ocupado por una muchedumbre tal, que estaria la gente sofocada. Estaban los palcos llenos de señoras vestidas de toda gala y los asientos inferiores de entusiastas concurrentes con trajes de vistosos colores; dos banderas militares ejecutaban hermosas piezas de música sacadas de las óperas; habia una variedad extraordinaria de brillantes trajes, todo esbozado debajo de un cielo enteramente azul. Señoras, campesinos y oficiales de todo uniforme; figuraos esto, y podreis concebir que este conjunto debe haber sido muy vario y curioso.

Un toque de cornetas anunció, á cosa de las

seis y media, la llegada del presidente, quien vino de uniforme con su estado mayor y tomó asiento al son de *¡guerra, guerra! ¡bellici trombe!*” A poco rato los matadores y picadores, á caballo estos y aquellos á pié, se presentaron en la plaza saludando en todas direcciones y fueron recibidos con gritos de alegría.

El vestido de Bernardo, azul y plata, era soberbio, y le costó quinientos pesos. Dióse la señal, se abrieron las puertas y saltó un toro al circo, que no era grande ni parecia feroz como los de España, sino pequeño, irritado, bravo y de un mirar inquieto.

La primera actitud del toro al entrar es soberana.—La Pasta en su Medea no la aventajó. Entretanto matadores y banderilleros llamaron al toro, agitando sus bandas de diversos colores y le picaban los de á caballo con sus lanzas. Se abalanzó el animal contra los primeros y aventó por alto las bandas que le arrojaron, mientras que ellos salvaban la valla—se dirigió luego sobre los picadores, pinchando con las astas á los caballos, de modo que algunos de estos rodaron por el polvo con sus ginetes respectivos; mas levantábanse ambos y recobraban instantáneamente el equilibrio, en cuya operacion no hay tiempo que perder. Luego arrojaban cohetes y petardos adornados de listones que enredados en los cuernos del animal y sacudiendo este la cabeza le hacian quedar envuelto en llamas. Algunas veces agarraba el picador la cola del toro y pasándola por debajo de su propia pierna derecha, volvía las riendas á su caballo para forzar al bruto á galopar hácia otras y le derribaba de cabeza (1).

Enfurecido con el dolor, arrojando torrentes de sangre, y con el cuerpo cubierto de saetas y cohetes, galopaba el toro al rededor del circo, echándose ciegamente sobre hombres y caballos y procurando frecuentemente salvar la barrera; pero era rechazado con los sombreros y los gritos de la multitud. Cuando estaba de esta manera encorralado, vino el matador y le dió el golpe mortal, lo cual es visto como una especial prueba de destreza. Paróse el toro, como si sintiese que se le habia llegado su hora, dió al aire algunas embestidas y cayó; dierónle allí el último golpe y quedó muerto.—Sonaron en seguida las trompetas y se dejó oír la música; entraron luego á galope cuatro caballos unidos á un yugo, al cual fué atado el toro y velozmente llevado

(1) Esto se llama colear „á la Calderon.”

fuera de la plaza. Esta última parte produjo en mí un hermoso efecto, pues me recordó los sacrificios de los romanos. De la manera que he dicho antes se hicieron morir ocho toros mas. La escena es hermosa y divierte la destreza; mas las heridas que se dan al toro y los tormentos que se le hacen pasar repugnan demasiado; y como aquí se le tronchan las puntas de los cuernos, simpatiza uno mas con el animal que con sus adversarios. No puede ser bueno el acostumar á un pueblo á tan sangrientos espectáculos.

Séame lícito, no obstante, confesar que aunque al principio me tapé los ojos y no osaba mirar, me fui poco á poco interesando tanto en la escena que no pude luego apartar de ella la vista, y ahora me es fácil comprender el placer que disfrutaban en tan bárbaras diversiones aquellos que están acostumbrados á ellas desde la niñez.

Habiendo terminado la pelea en medio de fuertes y prolongados gritos de la muchedumbre, se prendió un árbol de fuego, y en medio de una llama de colores aparecieron, primeramente las armas de la república, la águila y el nopal; y encima un retrato de C—n de tamaño natural, en que se le representaba con uniforme azul y plata. El águila vino á tierra con un estallido, mientras aquel permaneció ardiendo brillantemente é iluminado por fuegos artificiales, en medio de tremendos gritos y aclamaciones. Así terminó la *funcion extraordinaria*, y cuando todo hubo pasado fuimos á comer en casa de la condesa de C—a, donde tuvimos música en la noche y regresamos á casa medianamente cansados.

Día 10.—Ayer noche se dió el baile de fantasía en el teatro, y aunque desde el día de la funcion de toros he tenido que estarme encerrada en mi cuarto á consecuencia de una indisposicion provenida del cambio de temperatura ó de la humedad de la casa, habiéndome visto obligada tambien á no aceptar una invitacion á comer en casa del ministro ingles, me pareció con todo que debía asistir al baile. Habiendo desechado el traje de las casquivanas de Puebla, adopté el de las virtuosas contadinas romanas, que es bastante sencillo para poder surzirlo en un solo dia; un túnico blanco, cotilla encarnada con listas azules, y un velo de encaje puesto en cuadro sobre la espalda; á este propósito debo decir que es muy comun entre las indias llevar un pedazo de género doblado en cuadro y colocado sobre la cabeza, segun esa moda italiana, y como no está atado

no puedo concebir como pueden trotar sin que se les caiga.

Como á las once nos fuimos al teatro, y aunque á la entrada habia muchísimos coches, todo estaba quieto y en orden. Al primer golpe de vista que dimos al entrar al salon nos pareció aquello por extremo alegre y muy divertido ciertamente. El baile dado á beneficio de los pobres, estaba bajo la proteccion de las señoras C—a, G—a, Guer—a, y otras; mas tal era la suciedad y mal estado en que el teatro se hallaba antes, que para dejarlo puesto con decencia, habian gastado casi todos los productos. Las disposiciones fueron muy acertadas si se considera como estuvo aquella noche y las varias dificultades que se presentaron. Hermosos candiles habian ocupado el lugar de los faroles con sus velas de sebo, el frente de los palcos estaba adornado de lucientes colgaduras de seda y un dosel de lo mismo en forma de pabellon cubria toda la sala. La orquesta era tambien medianamente buena. Los palcos estaban llenos de señoras, que presentaban una sucesion interminable de chales de crespon de China de todas clases y colores y una serie monótona de pendientes de brillantes, mientras que en el teatro mismo se echaba de ver un conjunto que cual ninguno otro merecia el nombre de baile de fantasía. Muy abundante era por cierto el surtido de aldeanas suizas, escocesas y todo género de aldeanos, como tambien el de turcos, montañeses y hombres vestidos con el traje comun. Siendo público el baile no era por consiguiente selecto, así es que entre muchas personas bien vestidas, habia centenares, que sin haber adoptado un traje característico, se habian calentado la cabeza por aparecer fantásticas y lo habian conseguido. Una, por ejemplo, tenia unas nagüillas de raso color de escarlata y encima una tunicela tambien de raso color de rosa con moños de color carmesí. Otra señora tenia un vestido corto de raso azul, debajo del cual llevaba un hermoso zagalejo color de púrpura y todo guarnecido de moños amarillos. Parecian los signos del Zodiaco. Viejas, jóvenes é intermedias, todas tenian diamantes y perlas, aun las muchas niñas que allí habia.

Las patronas del baile estaban vestidas con mucha elegancia.—La señora de Gu—a llevaba un peinado en forma de red, enteramente compuesto de gruesas perlas y diamantes que por si solos valian un caudal. La señora de C—a iba vestida de madama de la Valière, con traje de terciopelo negro y con diamantes; es-

taba bonita, como siempre, pero el frio que allí hacia la obligó á envolverse en pieles y boas, con que cubrió su vestido. La señora de G—a iba de Maria Estuarda con vestido de terciopelo negro y perlas, con un soberbio collar de brillantes, y estaba por extremo hermosa; llevaba un gorro introducido aquí por la Albini en el papel de la reina de Escocia, que si bien es gracioso, dista mucho de la gentil sencillez del verdadero gorro de la reina Maria.—Tal parecia que ella habia llegado á la primavera de su edad sin haber estado en Fotheringay.

Varias damas me fueron presentadas que solamente esperan recibir las targetas en que damos parte de nuestra llegada para venir á visitarnos. Los mejores vestidos que noté entre las jóvenes son los de las señoritas de F—d, una de las cuales es hermosa, y tenia figura y cara de aldeana española; la otra es mucho mas graciosa y viva, aunque en realidad menos hermosa. Estaban sin embargo en los palcos tantas señoras del gran tono, que segun me informan, no es esta una buena oportunidad para juzgar de la belleza ni el modo de vestirse de las mexicanas; ademas de que como estos bailes de fantasía no son frecuentes, acaso estarian ellas mejor con sus trajes de costumbre. Generalmente hablando, pocas eran las hermosuras que llamaban la atencion; noté tambien poca gracia, y contadas eran las que bailaban bien. Habia demasiado raso y terciopelo y los trajes estaban recargados. Aunque los brillantes eran magníficos, habia muchos mal montados. Los vestidos, si se comparan con la moda actual eran extremadamente altos, y los piés que naturalmente son pequeños estaban embutidos en zapatos mas pequeños todavia, lo cual destruye la gracia que podian tener las señoras, ya sea andando, ya al bailar.

Ví muchos ojos soberbios, manos y brazos primorosos, que podian servir á un escultor de perfectos modelos, con especialidad las manos; pero en cuanto á la tez y á los colores pocos habia buenos.

Hicieronme reparar en un joven, que segun se creia, iba vestido de escocés, ¡Cómo deseaba yo en aquel momento que Sir William Cumming, Macleod de Macleod ó algun verdadero cabecilla montañés, pudiese haber aparecido repentinamente para anonadarle y hacer ver á la gente de aquí cuál es el verdadero traje! Varias desdichadas niñas que allí habia estaban envueltas en largos túnicos de raso ó terciopelo cubiertos de blonda y pedreria y con flores artificiales en la cabeza.

En el salon hacia un frio excesivo y el anti-guo feter del teatro no se habia disipado enteramente, ni creo, á decir la verdad, que fueran poderosos á extinguirlo todos los perfumes de la Arabia. Despues de haber discurrido en varias direcciones y admirado los diversos trajes de fantasía, me sentí casi helada, por lo que me encaminé al palco de la condesa de C—a, situado en la primera andana, y allí me envolví en una capa. Me hicieron ver desde aquel sitio á las personas de mas distincion que habia en los palcos, entre otras á la familia de las E—s, quienes parecen ser muy hermosas, tienen muy buenos colores y bonitas dentaduras. Permanecimos en el teatro hasta las tres de la mañana y rehusamos cuantos refrescos se nos ofrecieron, bien que una taza de chocolate caliente no hubiera estado por demas. Habia allí que cenar, aunque, segun creo, solo los caballeros se acercaron á hacerlo. Al salir tuve la satisfaccion de ver á muchísimas damas del brazo de sus respectivos caballeros, que á pesar de hallarse primorosamente ataviadas, se detenian al pié de los quinqués para encender un cigarrillo. ¡Qué frescas y bonitas parecian!

Día 16.—Casi una semana he pasado algo acalenturada, y con escalofrio.—Fuí visitada por un médico del pais, que me debe el concepto de ser la criatura mas inocente que es dable imaginarse. Pulsábame diariamente y recetaba una pequeña dosis de alguna mistura incapaz de dañar. Pero lo que me daba especialmente era una leccion de urbanidad en la conversacion. Todos los dias teniamos el siguiente diálogo, cuando se ponía en pié para despedirse.

—Señorita, [esto era junto á la cama] estoy á la orden de V.

—„Muchas gracias, señor.”

—„Señorita (esto ya al pié de la cama) cónozcame vd. por su mas rendido servidor.”

—„Buenos dias, señor.”

—„Señora (aquí hizo alto junto á una mesa) beso á vd. los pies.”

—„Señor, beso á vd. la mano.”

—„Señorita (cerca de la puerta) mi pobre casa, y cuanto hay en ella, yo mismo aunque inútil, todo lo que tengo está á la disposicion de vd.”

—„Mil gracias, señor.”

Se voltea para abrir la puerta y volviéndose á mí de nuevo al salir:

—„Adios señora, soy criado de vd.

—„Adios, señor.”

Sale por fin, pero entreabriendo la puerta y asomando la cabeza:

—„Felices dias, señorita.”

Tan prolongada serie de cumplidos entre paciente y doctor, que tal parece que indica se separan con cierto „dulce pesar” (*Sweet Sorrow*) pienso yo que es un tanto fuera de sazón.

Tienen aquí por mas cortésano decir *señorita* que *señora*, aun cuando se hable con mugeres casadas, y la dueña de la casa es generalmente llamada por los criados—„La niña” aunque sea octogenaria. Esto último es aun mas comun en la Habana, en donde las negras viejas, que siempre han vivido en la misma familia y están habituadas á llamar por ese nombre á sus amas jóvenes, no dejan nunca de dárselos, sea cual fuere la edad de estas.

He recibido un paquete de cartas cuya lectura me ha aprovechado mas que las visitas del viejo doctor.—Ayer partió el capitán, y se encargó de un cajón de chocolate adornado con varias figuras, como tambien de algunos dulces curiosos para vd. Las targetas en que damos á los mexicanos la noticia algo atrasada de nuestro arribo, fueron repartidas hace algunos dias. Copio una de ellas para que tenga vd. una muestra del estilo, que habla con todo el mundo á manera de anuncio de una nueva tienda, en que se avisa que Don N. fabrica peluquines, corta el pelo ect. ect. y que Doña N. lava encaje y cose ropa fina.

„Don A--C--de la B, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. C, cerca de la república mexicana; y su esposa D. F.--E--C--de la B, participan á vd. su llegada á esta capital y se ofrecen á su disposición en la Plaza de Buenavista núm. 2.”

Dia 18. Durante estos últimos dias ha estado nuestra casa llena de visitas, y apenas está acostumbrada mi vista al lujo de brillantes, perlas, rasos, sedas, terciopelos y blondas con que han venido ataviadas las señoras á hacer sus primeras visitas de etiqueta. Mencionaré aquí, en vuestro obsequio, algunos de los trages, no porque sean de mas lujo que los otros sino porque los tengo mas presentes.—La marquesa de San Roman, señora de bastante edad que ha viajado por Europa y que se distingue por su talento é instruccion, tiene la gran cruz de Maria Luisa de España, descende de una noble familia veneciana y es tia del duque de Canizaro. Su vestido era túnico de

riquísimo terciopelo de Génova, mantilla negra de blonda y un magnífico aderezo de brillantes. Parece que esta dama es de salud muy delicada. Ella y sus contemporáneas, últimas reliquias de la época virreinal, van marchitándose con suma rapidez. En su lugar ha brotado una nueva generacion, cuyo aspecto y modales tienen poco de la antigua corte y consiste principalmente, segun se dice, en mugeres de militares hijos de la revolucion, ignorantes y llenos de pretensiones como son siempre esos *parvenus* que no por su mérito sino por casualidad se han elevado. Continúo mi lista por el estilo del diario de la corte.

La condesa de S--o. Túnico de blonda negro, con fondo de rico raso violeta, mantilla negra tambien de blonda, pendientes de brillantes, cinco ó seis broches de brillantes grandes con que estaba prendida la mantilla, sarta de gruesas perlas y *sévigne* de diamantes. La Sra. S.--Fondo de raso blanco, túnico blanco de encaje, mantilla de lo mismo, perlas, brillantes y zapatos de raso blanco... Madama S--r., túnico de terciopelo negro, mantilla blanca de encaje, perlas, brillantes, manga corta y zapatos de raso blanco. La Sra. de A--d, túnico de raso color de tierra, mantilla negra de blonda, brillantes y zapatos de raso negro.

La Sra. B--a, esposa de un general sumamente rico y que tiene la mas hermosa casa de México.—Vestido de terciopelo púrpura, todo bordado de flores de seda blanca, manga corta y corpiño bordado, media calada, y zapatos de raso blanco, guarnicion realzada de Mechlin que salia por debajo del vestido de terciopelo que era corto. Mantilla de blonda negra, prendida con tres broches de brillantes; collar de brillantes de inmenso valor y hermosamente montados. Sarta de calabacillas, valuada en veinte mil pesos, *sévigne* de brillantes. Cadena de oro que daba tres vueltas al cuello, y llegaba á las rodillas. En cada dedo dos sortijas de brillantes á manera de pequeños relojes. Como ningun traje era igualmente magnífico, concluyo con el de esta señora mi descripcion, observando solamente que ninguna mexicana me ha pagado hasta ahora su primera visita de mañana sin traer brillantes. Pocas oportunidades tienen para lucir sus alhajas, así es que á no ser con ocasion de semejantes visitas de etiqueta, se quedarían encerradas en sus cajas, disipando sus serenos rayos en la obscuridad.

Hicieron anoche un esfuerzo para meterse en casa, pero nuestro hermoso perrito Hércules *bull-dog* que nos regaló el Sr. A--d, defendió bien su puesto y ladró con tal furia que los criados despertaron, incluso el portero que tiene un sueño mas macizo que los demás. Los ladrones se escaparon sin hacer otro daño que herir gravemente una pata al pobre animal, lo que por ahora le tiene enteramente cojo.

Con motivo de este acontecimiento acabo de oír contar los pormenores de un asesinato muy cruel que se perpetró no hace mucho en estas cercanías, en la persona de Mr. M.--consul de Suiza, que ademas era traficante en pieles. Habiendo despachado cierta mañana á su portero para que ejecutase algun recargo, paró á la puerta de la casa un coche, del que bajaron tres caballeros que presentándose á Mr. M.--le dijeron iban á ver con él para asuntos de comercio. Les sugirió pasasen adentro y en efecto entraron un general vestido de uniforme, otro oficial joven y un fraile. Quiso Mr. M.--saber el objeto de su venida y agarrándole súbitamente el general, mientras los otros iban á asegurar la puerta, exclamó „no hemos venido á ver los efectos de vd., queremos su dinero”. Aterrado el pobre hombre al conocer la clase de parroquianos que tenia delante le aseguró que era poco el dinero que en su casa habia y procedió al instante á abrir el cajón de la gabela en que lo guardaba, viéndose que en efecto era la despreciable suma de unos cuantos centenares de pesos. Preparábase los malhechores á partir, así que vieron que realmente no tenia el consul mas dinero que darles, pero el fraile dijo--„Deben matarle si no queremos que nos reconozca”. „No”, contestaron los oficiales, déjalo ir; no hay peligro” „allá voy pues,” repuso el fraile, y volviéndose al consul, le clavó el puñal hasta el corazon; luego entraron los otros en el coche y se alejaron con velocidad. El portero, que volvió á casa pocos minutos después, encontró á su amo bañado en sangre y fué corriendo á una casa de juego inmediata á dar voz de alarma; varios caballeros corrieron en auxilio al consul pero murió una hora después ya que hubo dado todas las señas del dolor y aspecto de sus asesinos, así como la descripción del coche en que vinieron. Por ellas fueron descubiertos poco tiempo después, y merced á la energía del gobernador, que entonces era el conde de C.--a, fueron apresados y encerrados de unos árboles que están en fren-

te de nuestra habitacion, juntamente con un verdadero coronel mexicano que bondadosamente habia prestado su coche á los malvados para aquel acto. Es rara la vez que el crimen recibe aquí un castigo tan pronto.

Nuestro amigo el conde de C.--a, cuando fué gobernador de México, consiguió celebridad por su energía en el *persecuimiento* de los *ladrones*, como aquí se dice. Cuéntase que en cierta ocasion le cegó un tanto su celo. Habiéndose cometido en la ciudad diversos robos, le indicó el gobierno que la fuga de los criminales era vista por ellos como una prueba de que se habia entibiado su celo en el servicio público. Cabalgando por las calles algunos dias después, columbró á un ladron muy conocido, quien luego que echó de ver que era observado, comenzó á correr por otra calle con la velocidad de una flecha.--Le persiguió el gobernador á caballo; el ladron se apresuró á llegar á la plaza y logró entrar en el santuario de la catedral. Tras él entró el conde á galope y le arrancó de junto al altar donde se habia guarecido.

Ya se supone que esta profanacion de la santidad del templo fué severamente reprendida, pero, como decia el gobernador, no podian ya acusarle de falta de celo en el cumplimiento de su deber.

Tomó de portero al capitán de una cuadrilla de bandoleros, ordenándole que constantemente permaneciese en la puerta y atrapasese á cualquiera de sus antiguos compañeros que pasara por allí, pues su perdon dependia de la conducta que observara en el particular. Yendo á caballo un dia el gobernador con direccion á su hacienda, en reunion de su señora y acompañados del susodicho que iba en calidad de criado, fueron alcanzados por un mensajero que dijo al conde que se deseaba que volviere á México para un asunto grave y urgente. Se acercaba la noche, pero el conde confiando en el honor del ladron, le mandó acompañarse á su esposa hasta la hacienda y ella sola á caballo con su sospechoso conductor, hizo la jornada sin tener novedad.

Antes de terminar esta carta debo decir que tuve esta mañana de visita á una persona muy notable, perfectamente conocida aquí bajo el nombre de la *Gaera Rodriguez*, es decir, la rubia, de quien dicen que hace muchos años fué celebrada por Humboldt como la muger mas hermosa que en todo el curso de sus viajes habia visto. Considerando el tiempo transcurrido desde que ese distinguido viage-